

Bajo esta cabecera, tras la sintonía de la hora de novela en la «Supercadena 72», miles de españolas suspiran desde dentro del pecho. de María Ramos, tratando inútilmente de llevar a Alberto Reyna al pie de un altar.

simplemente maría

LA HISTORIA CONSUMISTA DE UN DESCLASAMIENTO

En la aglomeración de los grandes almacenes, del coro de mujeres que aún escuchan las novelas de la radio surgió una voz:

—Canalla, ¿por qué no te casas con ella, si es muy guapa?

Y una de las mujeres se adelantó hasta donde estaba el actor que encarna a Alberto, con lo que las crónicas de sucesos llaman "un objeto contundente". Cualquier española que esté siguiendo por la radio o por los fascículos "la historia más sencilla y humana que jamás haya escuchado" podrá informarnos a la perfección si el objeto era un paraguas, como se asegura, o una navaja, como se teme. Hasta ahí llega la influencia del fenómeno "Simplemente María".

La verdad es que en la España del desarrollo subsisten todavía masas de consumidores que identifican a los actores con los personajes que interpretan. La crítica histórica de la subcultura podrá explicarse las ofensas teatrales a Doroteo Martí cuando representaba la versión escénica de «Ama Rosa». Lo que difícilmente puede explicarse uno ahora es que sigan ocurriendo historias como la que acabamos de narrar, acontecida en unos grandes almacenes sevillanos, cuando la actriz que onomásticamente se trabaja el cuento de «María... simplemente» y Fernando Serrano, el actor que encarna a su burlador Alberto, acudían para establecer un eslabón más de la cadena del consumo, eslabón cual era la firma del disco con la canción «Simplemente María», que ha grabado un señor llamado Jairo, con letra de Antonio Guijarro y música del inevitable y nacional Augusto Algueró.

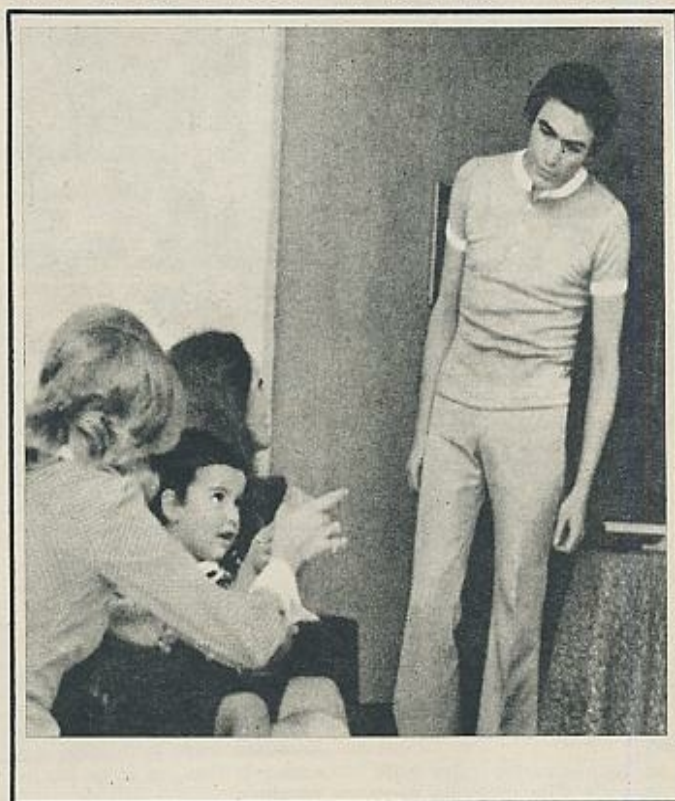
La radio ha muerto, ¡viva la radio!

Los viajeros por países latinoamericanos cuentan del éxito por aquellas tierras, años atrás, de esta melodramática historia escrita por Celia Alcántara, una versión demótica del mismo romanticismo narrativo que explotó Erich Segal en su «Love Story» y que continuó en la serie filmica «Morir de amor», «Anónimo veneciano», etcétera.

Los folios de Celia Alcántara son, pues, producto de consumo masivo en cualquier país que no se halla asentado en el reino del desarrollo pleno. Los iniciados en estas cuestiones aseguran que los derechos de explotación del invento en España fueron adquiridos por

una ridícula cantidad, que algunos cifran en doscientas mil pesetas. Pero, a diferencia de lo ocurrido en Latinoamérica, el lanzamiento del folletín no se ha realizado aquí a través de la televisión, sino por un medio que los técnicos en comunicación de masas empiezan a despreciar: la radio. Cuando escribo este trabajo acabo de escuchar por la «Supercadena 72», que agrupa a cuarenta y una emisoras, el capítulo número doscientos veintitrés de la historia. A cinco capítulos semanales, de lunes a viernes, todas las tardes a la cuatro y media, pueden echar cuentas del tiempo que hace que «Simplemente María» permanezca en antena.

¿Pero tiene la radio todavía poder de penetración en un entorno social, como el español, cada vez más dominado por la nacional-televisión?, es la pregunta que nos hemos hecho todos ante el fenómeno «Simplemente María». Y la respuesta parece ser que, por las trazas, aún quedan en España muchas mujeres con un nivel cultural, económico y social lo suficientemente bajo como para que, sin especiales intenciones masoquistas, estén cada tarde a las cuatro y media a la escucha de la radio, mientras hacen las faenas de la casa —generalmente asalariadas—, planchan en los cuartos de criadas o llevan a jugar al parque a los niños de sus señores. Estas mujeres, que deben ser miles, pierden —o ganan, nunca se sabe— cada tarde una hora escuchando la historia de María y de su imposible matrimonio (canónico, eso sí) con el ya viudo Alberto, que en sus años de estudiante, cuando ella estaba recién llegada a la ciudad como «empleada del hogar», la sedujo, haciéndole un hijo.



Como ocurrió con «Ama Rosa», todas las españolas se han sentido madres por medio del serial y han adoptado sentimentalmente a Tony, el hijo espúreo de María, como antes adoptaron a Raphael.

De otro lado, el fenómeno «Simplemente María» denota el descubrimiento por parte del medio radio de unas nuevas horas, ganadas casi al mar de la hispánica siesta. En los años míticos de los grandes éxitos de la Cadena SER en el terreno de los seriales («Ama Rosa», «Su segunda esposa», etcétera), la hora punta de la audiencia giraba en torno a las ocho y media. Ahora, esa hora pertenece al medio televisión. Aparte de reencarnar a don Doroteo en el fomento de lágrimas femeninas, «Supercadena 72» ha revalorizado

un tiempo muerto en la comunicación de masas.

Cuando toda España, de esta forma, lloraba con «Ama Rosa», no había empezado la cuesta arriba del pluriempleo ni de la motorización familiar, ni se hablaba de Educación General Básica, ni había libros —¡libros!, aunque sean RTV— en el lugar que el consumo les destina junto a la botella de whisky segoviano en el mueble-bar-estantería de la salita. Ahora, dadas las características socioculturales de la audiencia y ante la falta de una televisión comercial



Maria... Simplemente

La María Ramos que abandona el pueblo sin saber leer ni escribir para colocarse en la ciudad como sirvienta hace suya la carrera del consumo. Antes de aprender a firmar, se instruirá en corte y confección para conquistar el mundo.

Luego, contestará las cartas de sus admiradoras y provocará el consumo de la misma máquina de coser que la llevó al bienestar... aunque no al matrimonio con Alberto.

ANTONIO BURGOS

que pudiera ser la tercera apoyatura del imperio consumista de «Simplemente María», se ha recurrido, en cambio, a la letra impresa (1). Félix Rodríguez de la Fuente, la casa Salvat, la aguja y el hilo, la segunda guerra mundial, fueron la cabeza de puente en el consumo del papel impreso a través de los quioscos, que le abrieron a María el rentable camino de los fascículos, que prestaron sus técnicas de «marketing» y de aditivos publicitarios para la difusión de las fotonovelas con pequeñas dosis de la historia. Y a falta de televisión, bueno es el cine, donde también se ha producido la historia de Celia Alcántara. Nunca la tecnología del desarrollo contribuyó de una forma tan decisiva al consumo de un folletín que es, en sí mismo, a través del desclasamiento que narra, la mitología de la sociedad de consumo a la española, que respeta sumisamente los valores tradicionales de la familia, la posesión de la riqueza según unos esquemas predeterminados, un sentido calderoniano de la honra, etcétera.

¿Por qué ha triunfado «María... simplemente» en el corazón de sus españolas? Quizá porque simboliza este desclasamiento al que aspiran cuantas oyen su historia por la radio o la leen en los fascículos. Quizá porque simboliza la capaci-

dad —hasta ahora inédita— de la mujer española para poder ganar dinero por sí sola, para sacar adelante la familia según los esquemas más tradicionales ante las peores adversidades. Quizá porque María —que acabará revelándose como una mujer de armas tomar— despierte en un principio los fáciles sentimientos que surgen históricamente en la sociedad española hacia los desvalidos; María es una criada mitificada que mueve a la compasión, como «El Lute» es un carterista mitificado que nos hace a todos, en cierto modo, quinquireros. Quizá, el éxito de María estriba en su poder para incidir en los sentimientos maternos de su audiencia; todas las lectoras se sienten burladas en su honra por Alberto, pero esperan poder casarse con él, porque, a pesar de todo, es guapo; todas se sienten madres adoptivas de Tony, como un día lo fueron de «El Cordobés», otro huérfano famoso.

«María Story»

En estas circunstancias, el primer mito de María es su **entremecedor** forma de llegar a los corazones de las españolas, que ven muy lejano el horizonte de los mil dólares de renta «per cápita»; es su nombre. María no se llama «María... simplemente», como insiste la publicidad con señuelo de marca comercial de fácil colocación en el mercado. La protagonista de la historia de Celia Alcántara tiene su apellido, su familia, su origen social. Se llama María Ramos. Pero tal detalle escapa a las con-

sumidoras de los seriales radiofónicos y de la fotonovela por fascículos. Para llegar a saber su apellido hay que manejar el texto más para iniciados, el que mayor número de claves nos arroja para el estudio de esta narración. Porque al mercado español «Simplemente María» llega en cuatro versiones distintas:

1. **La versión radiofónica** de «Supercadena 72», en producción de «D.M.P.», con dirección de Teófilo Martínez e interpretada, en sus principales papeles, por Pablo Sanz (Alberto), Aurora Hermida (Teresa), el propio Teófilo (Esteban) y la inevitable «María... simplemente», como anónima voz para el papel de María Ramos.

2. **La versión de la fotonovela** por fascículos, producida por Ediciones Sedmay, con adaptación y dirección de J. Godart y fotografía de Bisant. A las fotografías acompañan breves textos de diálogo («bocadillos» en algunos de los primeros fascículos), que vienen a ser un digesto de la historia, narrada al modo que un truchimán relata el crimen con su cartelón en la plaza del pueblo. Casi todo lo hace la imagen, aparte del **entremecedor** entorno: el «atrezzo» de Muebles López, de la calle Luchana, de Madrid, que surte de muebles-bar-librería y trasillos de «skai» todos los interiores; las joyas, de tanta solera radiofónica por otra parte, de Enrique Busián; los modelos de Antonio Nieto —como se verá, la costura es una clave del desclasamiento—, y las pelucas Monna Lisa. La imagen de los personajes está encarnada de

esta forma: Alberto, Fernando Serrano; Teresa, Luisa Hernán; Esteban, Marcos Grann, y María, pues, ¿quién va a ser?, «María... simplemente», la actriz con planta de telefonista de película que hace las veces de una María que, por desarrollista y desclasada, se nos acabará haciendo insoportable.

3. **La versión «literaria»** —un texto más o menos adecuado a la preceptiva novelística— también se ofrece en los fascículos de la fotonovela, como un folletín encuadernable embuchado como pliego aparte en las páginas centrales, y 4. **La versión cinematográfica.**

Para este trabajo hemos escogido las versiones 2 y 3, que son las que facilitan, a nuestro juicio, un mayor número de elementos de análisis (2).

¡Vamos diciendo que María tiene un apellido, Ramos. Huérfana de madre, cuida en el pueblo de sus hermanos hasta que decide hacer su Operación Plus Ultra particular. María es analfabeta, debe pertenecer al «lumpen» rural. Pero no se culpa a ningún sistema:

«La tierra da poco y por eso los vecinos del pueblo de María no son ricos» (pág. 1).

La única salida posible de esta situación es la emigración a la ciudad, para trabajar allí como sirvienta. Aquí puede también explicarse el éxito de la historia. Muchas lectoras y oyentes se identifican por razón de su propia situación como criadas con las penas, dificultades y fugaces venturas de María, que, en su agónica marcha hacia la prosperidad, parece que va estrenando, a cada instante, el mundo, conforme va integrándose en la sociedad de consumo. Sociedad de consumo que en la versión original tendría unas connotaciones latinoamericanas, pero que en los textos que hemos manejado ofrece indudables referencias a la España del desarrollo, comenzando por la geografía: el Retiro, el Viaducto, La Corrala, de Madrid, serán otros tantos escenarios de la acción.

Cuando María abandona el pueblo y sube a un vagón de ferrocarril, es la vez primera que toma un tren, a pesar de que tiene ya veinte años. Todo se va desarrollando sin inconvenientes, ya que está previsto que en la estación del Norte, de Madrid, la espera una paisana, esa paisana que, desde que el mundo es mundo, ha servido de oficina de colocación a la media España que ha marchado del campo a la ciudad, o de este país al extranjero o ultramar.

«Simplemente María» es, pues, de entrada, una crónica de la emigración. Pero a los pocos capítu-

(2) Las citas en números romanos se refieren a los fascículos semanales a todo color; los números árabes de las páginas se refieren a las de la versión «literaria», inserta en ellos como folletín encuadernable.

los comenzará a ser la historia de un desclasamiento. María —nos confesará ella misma en el fascículo veintitantos— es una mujer con ambiciones, dispuesta a olvidar todo el hambre que ha pasado en el campo su familia. Aunque la actriz que la encarna tiene planta de poquita cosa, la verdad es que esta mujer hace en todo momento uso de su sexto sentido, no expresado en las versiones 2 y 3, pero una y otra vez reiterado por el narrador en la versión 1.

La aparición de Alberto, el burlador

María trabaja en una casa que le busca ¡el jefe de estación!, a quien acude en demanda de auxilio al llegar a Madrid, cuando comprueba que una institución tan española y tradicional como la paisana le ha fallado. Allí, en la casa donde empieza a trabajar, conoce a Teresa, otra criada (3), que será, a partir de entonces, compañera inseparable de fatigas y fortunas. Por medio de Teresa aparece Alberto Reyna, un estudiante a lo «Casa de la Troya», muy encorbatado, con más aspecto de marcarra de mesones que de otra cosa, hijo de acomodada familia, también huérfano de madre como María, joven, aunque de edad remilgadamente indefinida. (Cualquier parecido entre Alberto Reyna y un estudiante de 1972 es pura coincidencia, esquema que no puede aplicarse a María Ramos y el cuerpo de las «empleadas de hogar».) Alberto y su compañero de estudios, Carlos Estrada (los dos hacen Medicina sin mayores problemas de «numerus clausus») conocen a María en el Retiro, un domingo, sentaditos en un banco. La aparición de Alberto no puede ser más enterredora.

«Es el príncipe azul de toda muchacha que jamás tuvo nada, es la esperanza de toda mujer que empieza a vivir» (pág. 3).

Pero este príncipe azul, al momento se nos aparecerá como un burlador de honras femeninas, ya que —al igual que en la mente de tantas españolas— honra es en la novela sinónimo rosa y trágico, al mismo tiempo, de virginidad. El príncipe azul resulta que es un mal estudiante, según los módulos clásicos de este concepto. La Universidad a la que debe asistir no tiene el menor problema académico y mucho menos político. El único problema es que Alberto Reyna —con l griega— no va a clase, y hace creer a su padre que está en Cuarto, cuando en verdad no ha aprobado Segundo.

Este tono amable, tan idílico, permite que la lectora pueda saber cómo María pierde la virginidad sin que su vergüenza de mujer española sienta el menor sonrojo:

«Aquella tarde, Alberto Reyna, forzando un poco la voluntad de María, puso en su boca el primer beso...» (1). «Cuando supo que

(3) En el mundo idílico del relato, esta palabra siempre será sustituida por eufemismos de uso cada vez más complacientemente aceptado: «sirvienta», «empleada del hogar», «asistente», etcétera.

simplemente maría

ella ya no ofrecería resistencia, jugó el papel cínico de enamorado» (pág. 5).

Ni el cómo, ni el cuándo, ni el dónde del cinismo de Alberto pueden saberse nunca. Es de suponer que la represión sexual de lectoras y oyentes deje correr en este punto de la historia —que no se pinta en ningún momento como erótico ni mucho menos pornográfico— toda su fantasía.

Pero la verdad es que apenas queda tiempo para pensar en estas cosas, porque el hijo, el nudo de la historia está ahí, ya, a la vuelta de la esquina. ¡Qué fecundidad la de estos estudiantes tarambanas!... María, al igual que no conoce el tren, debe tener también escasas nociones de sexualidad, ya que es analfabeta y no puede comprar los manuales de higiene postmatrimonial que venden por correspondencia a través de las revistas. Por otra parte, sabemos que «nunca había estado en la consulta de un médico» (pág. 6), seguramente porque ni siquiera había médico en el pueblo.

Como lo más natural del mundo, María echa la culpa de los mareos que empieza a sentir a la contaminación de Madrid. Su misma señora se lo hace creer así, cuando le comenta que «la ciudad es un infierno para la salud» (pág. 5).

«Sí, sí, contaminación», piensan en este punto malvadamente las lectoras. Y la intervención de un médico impide que María se entere de que es madre después de que salga de la anestesia del parto «gota a gota». El nudo de la cuestión, en un planteamiento preceptista de la historia, llega en este punto, cuando el médico le dice fríamente, con toda la tragedia por dentro (pág. 6):

—Está usted esperando un hijo.

Honra, fama, embarazo

Y este hijo que espera María es el que, desde el mismo instante de su concepción en el relato de Celia Alcántara, empieza a producir beneficios para emisoras, tratantes de «copyright», adaptadores, actores, editoras. En torno al hijo que ha de nacer, del que María —que si no fuera analfabeta habría comprado a plazos las obras completas de García Lorca— dice originalísimamente, por cierto, que es como «tener un pajarillo entre las manos» cuando lo lleva en su vientre (pág. 7), se monta todo el drama, arrastrado después en el tira y afloja del matrimonio canónico que María desea y trata de conseguir y que Alberto va evitando una y otra vez.

De momento, es la honra la que está en juego. Está en juego para María.

«Honrada... Aquella palabra rodó durante algún tiempo por el cerebro de María... ¿Honrada?... Ella sabía

que no; ella sabía que la sociedad le había quitado el derecho a considerarse honrada...» (pág. 11).

También el embarazo pone en juego la honra de la familia Reyna:

«Cuando Ricardo Reyna (padre de Alberto, abuelo de la criatura en gestación) se entera de lo ocurrido, siente que el mundo se hunde a sus pies. No puede comprender cómo su hijo ha caído tan bajo y si su código de honor no admite discusiones en este asunto, y le fuerzan a una boda rápida de su hijo con María Ramos, también se rebelan en él sus sentimientos de padre, negándose a admitir que una sirvienta llegue a entrar en su familia como dueña y señora... Toda una vida de sacrificios, de desvelos para mantener un nivel social, iban a echarse por tierra gracias a aquel desventurado incidente.

«Para Ricardo Reyna la solución perfecta es ayudar a María y a su hijo, pero tropieza con el orgullo de la muchacha. María se siente capaz de luchar a su hijo sin recibir la llmosna de los Reyna» (página 8).

En su gestación, María encuentra la ayuda angelical y siempre exenta de cualquier forma de concupiscencia de Esteban, un maestro nacional aún no integrado en el cuerpo de profesores de E. G. B. que se enamora de ella por lo bajito; maestro que ha montado una

altruista academia nocturna en su casa, donde imparte clases de lectura, escritura y las cuatro reglas a las sirvientas de los contornos. Allí acude María, que como se las sabe todas, también se ha apuntado en unas clases de corte y confección pensando ya en dominar al mundo y en hacerse rica. Esteban es tan bueno que da a María trato de señora casada con los papeles en regla. Sin sentirlo, pone en duda ante el corazón de las lectoras la fidelidad de María a Alberto. Pero Alberto sale airoso de la prueba. Esteban y su madre, doña Rocio (que en la versión 1 tiene una lamentable habla andaluza de sainete), son simplemente los protectores de nuestra madre soltera, los que le buscan una clínica donde dé a luz, una nueva casa donde colocarse cuando sea despedida de su trabajo tras el alumbramiento.

Pero en la nueva casa, María dura poco. El niño —al que han puesto Antonio Ramos, Antonio por el abuelo y Ramos por la madre— llora demasiado, y por su culpa despiden a María. La señora Rocio y Esteban (a quien María siempre hablará de usted, para guardar las distancias y evitar las murmuraciones vecinales de vivir bajo un mismo techo sin acostarse juntos) acogen en su casa a María y a su hijo. Y aquí empieza la ascensión económica y social de María, surgida de las cenizas de su virginidad burlada, de su deshonra de madre soltera: en la habitación que le ofrecen hay una máquina de coser, mito Singer que continuará a lo largo de toda la historia y que será aprovechado consumistamente a través de la radio y de los fascículos.



Gracias a la máquina de coser, María puede ganar todo el dinero que le hace falta para desclasarse y alcanzar el "status" social al que Alberto no la ha querido llevar por medio del matrimonio. La máquina le quita el oprobio de que la llamen criada; la máquina la convierte en señora, en empresaria con trabajadores asalariados. La máquina viene a ser (junto con Esteban, el maestro que la enseña a leer) el hada buena de María Ramos.

Con la ayuda de la familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista.

«Betty es la mejor modista de la ciudad» (13).
 «Pero la familia Simpson es la mejor, nada ni puede ayudarle la buena familia. Alberto sigue ligado al mala suerte y la mala familia de los Simpson. Todo lo que quiere recomendar es que Tony. El proyecto para restablecer la vida, el que María que firmará la parte. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista.

Al matrimonio por el patrimonio

María le ofrece una, cuando se acerca de la propiedad de Alberto por Andrés. Pero aquí...

«Lo único que me interesa — dice — es el dinero que esperas, es que me case contigo... Lo que buscas aquí es la seguridad de tu futuro» (XV).

María intenta entonces hacer el matrimonio por el patrimonio. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista. Con la ayuda de su familia y de sus amigos, María empieza a trabajar de modista.

«Pero el único que durante ese tiempo han conocido Alberto y ella los» (13).

«Como puede María con tanto poder, ganar a la familia de los Simpson de todo el mundo, como es posible con Alberto».

«Estaban — Si piensas comprarse la casa, es porque tu puedes obtener, precisamente por el mal, por la mala familia».

«Firmo — Pero otros también de los mejores continuamente, hasta a los mejores, y como progresamos».

«Estaban — María tiene sentido comercial» (XVI).

«Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«María — Para un médico, un que sea más fácil ganar dinero que para una modista».

«Terminó — ¿Quién sabe?» (XVIII).

«Alberto por eso mismo, es el único que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Alberto — ¿Qué más me puede ganar trabajando por otros? Un buen médico debe trabajar bien desde el principio».

«María — Pero tú no eres un buen médico, Alberto».

«Alberto — ¿Qué sabes tú? Al me»

cos soy un profesional, tengo mi título... y voy a ganar dinero desde el principio» (XVIII).

«María — Pero, ¿cómo voy a ganar dinero con el mal de la familia de los Simpson?» (XIX).

«Sí la hipocresía que tiene una mala familia de los Simpson» (XX).

«Además, representando de la mala familia de María, quiero demostrar que una familia mala no es mala, sino que es buena» (XXI).

«Angélica — ¿Qué tiene un hijo? Por eso mismo, confieso» (XXII).

«En los últimos tiempos me he estado pensando — en estos tiempos de la mala familia de los Simpson, como es el único que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Lo primero de todo quiero decirte es que Alberto es un hombre» (XXIII).

«María — ¿Por qué no eres un buen médico, Alberto?» (XXIV).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).

«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).



Una mañana que sucedió en un momento de María...
 «Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).



«Pero María, que es una mala familia de los Simpson, es la única que puede ser médico. Interés de la Seguridad Social, es el único que tiene un mal, el que depende de la familia de la familia Pública. Conviene también en el momento de María. Y no se puede vivir sin modista y modista o sin el doctor. Todo su mundo es poder, vivir con la mala familia, pero con orgullo y sin miedo» (XVII).